

CATAÑO PINTORESCO, Carmen M. Vázquez
Rodolfo J. Lugo-Ferrer

Cuando se rememora a Cataño, los utuadeños piensan no en un arrabal, que es lo que fue, sino en unos años idos, que dieron paso a un progreso deseado y esperado. A un mejor estar. Esta singular zona residencial sirvió de ambiente a un sinnúmero de emigrantes de los campos utuadeños, que sintieron la necesidad de moverse a la zona urbana del pueblo en busca de mejores oportunidades.

Aquí se asentaron los marginados del progreso, los desposeídos de la fortuna, los limitados económicamente, pero que guardaban como tesoro, el sentido solidario de lucha. Aquí estuvo situada la morada de los guardadores de ilusiones, sueños, fe y esperanzas en el devenir de los tiempos.

Cataño estuvo situado en lo que conoceremos hoy en día como Archilla frente al residencial Fernando Luis García, desde fines del siglo XIX hasta la década de los cincuenta. Aquí hicieron hogar los que empezaron a emigrar después de la invasión norteamericana cuando comenzaron las transformaciones económicas de la estructura agrícola de la región. Sólo nos resta evocar el recuerdo de lo ya pasado.

Calle Barceló, Carmen M. Vázquez
Rodolfo J. Lugo-Ferrer

¡Bullicio! ¡Efervescencia!, comercio, gente subiendo y bajando, altoparlantes, eso es la calle Barceló, otrora calle del Sol. Es el punto neurálgico de la ciudad utuadeña. Nace o desemboca, -depende de la ruta que llevemos, si en auto o caminando- en el antiguo edificio del teatro, que con su decadente marquesina, nos devela un pasado dormido. Que busca ser despertado en el recuerdo recurrente de todo aquel que haya estado en suelo utuadeño.

"Cuenteando" se hace historia o hablando se hace un cuento. La fantasía se pierde en el hilo de la mente o se reconstruye para la eternidad. Porque sólo cuando recordamos lo que hemos sido nos volcamos en el futuro con firmeza para conservar lo bueno y edificar lo mejor. Y esto es lo que evoca el recuerdo de la calle Barceló.

Centro de la vida cotidiana utuadeña, punto o eje central de las actividades que sostenían nuestra sociedad. Y en las ocasiones especiales, es las festividades: la algarabía, el frenesí y el gozo perenne, aunque fuera por unas horas.

Nos cuenta doña Chenda Cancel lo que fue la Barceló en aquellos tiempos, "Aquí se celebraban todas las fiestas de pueblo, donde se confundían y hermanaban todos los utuadeños. Entre las festividades, hubo una que recordamos con añoranza, las carreras a caballo en las fiestas patronales. Se escogían unas jóvenes utuadeñas, a las cuales se le asignaba una cinta con un color en particular; luego se colocaba un cordón con una cinta y una argolla según la cantidad de señoritas que participaran. Este cordón estaba atado de un poste en el extremo norte de la plaza pública hasta otro al frente del Casino (en lo que hoy es la Farmacia Maestre).

Los varones participantes montaban su caballo. El punto de salida era en la Barceló donde comenzaba el camino rural en Bubao que conducía hacia Jayuya. Cuando los jinetes llegaban frente al Casino tenían que insertar una vara finita en madera por una argolla de las que colgaban en cada cinta. De acuerdo al color que escogiera, la joven identificada con ese color asistía con él al baile en la noche en el Casino. Esto fue así hasta la década de los cuarenta, de aquí en adelante también se celebraban en bicicleta."

Viejos tiempos, lindos días, ¿podríamos revivir esta tradición en aquellas actividades especiales que se celebran en nuestro pueblo, en vez de hacer tanto ruido con los claxon, que alteran tanto la paz y la sana convivencia?

Plaza de Utuado, Carmen M. Vázquez
Rodolfo J. Lugo-Ferrer

La plaza de pública o la plaza de recreo es el lugar donde se conglomeraba el pueblo sin importar estratos sociales. Es la continuación del ágora griega o del foro romano. Las plazas en la mayoría de los pueblos eran punto de reunión de las tertulias sobre temas de actualidad, (junto a las boticas, como se conocía a las farmacias), a los paseos tradicionales, siendo esto últimos la distracción principal, sobre todo de los más jóvenes. En el paseo exterior, los varones iban en una dirección, las féminas en la dirección contraria, esto servía para el galanteo, el coqueteo; así, se daba rienda suelta a las miradas disimuladas, a las sonrisas cómplices y a los guiños de aprobación del enamoramiento.

Nos dice doña Esperanza Mayol en su libro *Is/as*, "Todas las noches la gente joven del pueblo se reunía en la plaza empezando a eso de las siete de la tarde. Paseaban alrededor de ella caminando en grupos. Unos grupos iban en una dirección y otros en la contraria. En los muros de los contornos de la plaza, que no eran altos, y en los bancos distribuidos en distintos sitios y alrededor de la fuente se sentaban las parejas de enamorados. En los bancos más cercanos a la iglesia se dedicaban a conversar los más viejos."

La bendición, Carmen M. Vázquez

Rodolfo J. Lugo-Ferrer

El mes de abril de 1898 un hito importante en la historia puertorriqueña. El 21 el gobierno español rompe relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, siendo el 25 de ese mismo mes que este último declara la guerra al primero. Da comienzo la Guerra Hispanoamericana.

El 27 de julio de ese mismo año entre las dos y cinco de la tarde la escuadra norteamericana fondea en el puerto de Ponce. Hay gran expectación. Las familias adineradas se retiran a sus casas de campo en los barrios de Tibes y Guaraguao en Ponce y en el Rucio en Peñuelas. Al mando de la guarnición española está el Comandante Militar de la Ciudad de Ponce y Distrito Sur de la Isla, Don Leopoldo San Martín.

La escena de este cuadro representa al ejército español recibiendo la bendición algunos días antes del desembarco de las fuerzas del ejército de los Estados Unidos. Un oficial del ejército invasor llevaba un pliego, el cual se negó a recibirlo el Comandante San Martín. Este último se comunicó con el alto mando español en San Juan, manifestándoles que se encontraba sin gente para combatir el desembarco norteamericano.

Para evitar la destrucción de la ciudad señorial se unieron varios líderes cívicos ponceños y del cuerpo diplomático destacado en Ponce. Luego de deliberaciones entre ambas partes se logró detener la suspensión de las hostilidades. El General Macías sustituyó al Coronel San Martín por el Jefe de la Guardia Civil. Era imposible seguir protegiendo la plaza, pues el ejército invasor era muy numeroso. Decide retirarse por la carretera central hacia el pueblo de Aibonito, y de aquí hasta San Juan. De esta manera sin enfrentamientos militares entre los dos bandos, Ponce es entregada.

Esa noche la ciudad estuvo vigilada por el cuerpo de bomberos bajo el mando de don Luis Casals. El 28 de julio las fuerzas norteamericanas entraron a la ciudad de Ponce en el "más completo orden y correcta formación, fraternizando con el pueblo", a decir el historiador ponceño Eduardo Neumann, testigo ocular de los hechos. El general Miles, Jefe del Ejército de los Estados Unidos, expidió una proclama y nombró al general James H. Wilson gobernador militar de Ponce.

El 12 de agosto de 1898 se firmó en Washington el Armisticio de Paz. El 12 de diciembre de 1898 se firmó el Tratado de París, España cedía la isla de Puerto Rico a los Estados Unidos de Norteamérica.